

# TEATRO POPULAR

RAFAEL A. HERRA

¿Teatro popular? No hay muchas maneras de hacerlo: la más importante, tal vez la única válida y que merezca ese nombre, es la que se encuentra arraigada en una tradición longeva y que será preciso rescatar de la indiferencia para que el concepto y el ejercicio del teatro popular tengan alguna posibilidad de existir y una razón de no morir: un arte en el cual el productor y el público sean los mismos, un proceso en el cual el fenómeno escénico actúa como una forma de discurso estético y por lo tanto de reconocimiento de las necesidades y del por qué de los sueños del espectador: éste se reencuentra en escena como es y explicado en lo profundo de sus deseos. Así el teatro será un gozo artístico, en cuyo nacimiento se ha coadyuvado, y una ceremonia de iniciación epistemológica al cabo de la cual el espectador sabrá más de sí mismo que lo que sabía al principio. En este género espectacular, lo real queda verbalizado, penetrado; el círculo de lo cotidiano se rompe en algún punto porque entonces existe una técnica de superación, es decir una manera de contemplar la realidad, de someter a escarnio su obscena desnudez, un artificio soportable y didáctico.

Hay teatro que no es popular aunque se presenta con la buena intención de serlo, y aunque una porción considerada de los ciudadanos sea sensible a él. El espectáculo que un organismo burocrático lleva a una comunidad desde arriba y desde afuera no es popular más que por casua-

lidad, pues su acción sigue siendo milagrosa, externa, extraña a los intereses subjetivos, a las necesidades, a los deseos de la comunidad, la cual —lo que es peor aún— no ha participado en la producción misma del espectáculo ni en la selección de sus contenidos. Si se quiere teatro popular, la ayuda externa sólo puede ser la de un aporte técnico.

Tradición longeva del teatro popular: es cierto. Un ejemplo de cómo fue en otra época y en otra sociedad que, sin embargo, han ejercido su influencia en los tiempos actuales, se encuentra en un texto autobiográfico de Goethe: Venecia, 4 de octubre de mil setecientos ochenta y seis:

“Ayer estuve en la comedia, en el teatro de San Lucas, donde me divertí de lo lindo: vi una obra extemporánea, con máscaras, representada con mucha naturalidad, energía y brío. Cierto que no todos los actores rayaban a igual altura: Pantalón, muy

bravo; una de las mujeres, recia y bien formada, sin que fuera una actriz extraordinaria, decía de un modo excelente y tenía el dominio de las tablas. Un argumento loco, semejante al que entre nosotros han llevado a la escena con el título de *A la sopaca*. Con increíble variedad nos entretuvieron durante tres horas largas. Pero también aquí es el pueblo la base en que todo se asienta: los espectadores colaboran con los cómicos, y el público fúndese con el teatro hasta formar un todo. De día, en la plaza y en la orilla, en las góndolas y en el palacio, comprador y vendedor, mendigo, barquero, vecina, abogado y contrincante, todo vive y bulle, y en todo se mete, habla y pondera, pregona y ofrece, canta y representa, maldice y alborota. Y por la noche van al teatro a ver y oír su vida de día, artísticamente compuesta, más primorosamente aliñada, entretejida con fábulas; distanciada por las máscaras de la realidad, pero aproximada a ella por las costumbres. Y se regocijan puerilmente con ello, y vuelven a gritar y a batir palmas y a armas alboroto. Del día a la noche, mejor dicho, de medianoche a medianoche, todo es siempre lo mismo” (*Autobiografía, Viajes italianos*, O.C. III, Aguilar 1951, p. 57)

